MAGNIFICIENCIA DEL TERROR

LA RAZÓN. JUEVES 6 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las operaciones de ETA son condenables con independencia de su finalidad. Asunto distinto, al que procuro dar satisfacción, es tratar de explicarlas por sus motivaciones, y comprenderlas por su fin último. La distorsión de unas y de otro no la producen los actos de ETA, dirigidos a doblegar con el terror las resistencias a la independencia de Euskadi, sino la terrorífica torpeza de esa loca fantasía de la prensa que le atribuye motivos y finalidades inverosímiles, gratuitos en su crueldad y horribles en altruismo ideológico. Los medios informativos han creado una imagen de ETA que movería más a irrisión que a espanto, si no mediara la índole mortífera de los hechos que impresionan los sentidos.

Por si acaso no bastaran los motivos verdaderos de ETA para comprender sus acciones sangrientas, por si no fuera suficiente la única idea política que pretende realizar con sus agencias de terror, los medios de comunicación la presentan como una banda de asesinos y criminales comunes que se propone conseguir, sin embargo, cosas tan desinteresadas, en una nación que no considera suya, como la destrucción del Estado de Derecho, la libertad de expresión, el capitalismo o el símbolo ideológico con el que se identifica la persona o cosa agredida en cada atentado. Si, por caso, asesina al contable de un periódico, está atentando contra la libertad de expresión. Si pone un artefacto explosivo en una sucursal de banco, atenta contra el sistema bancario. Si mata a un vigilante jurado, ataca simbólicamente la seguridad nacional. Si resulta afectada, por accidente, gente anónima, es un atentado simbólico a la pomposa convivencia y no a la prosaica vivencia.

El fin singular que persigue ETA está simbolizado en todos y cada uno de sus atentados. La sustitución de la Independencia de los vascos por otras ideologías vigentes en los españoles, o la adición de otros designios de sentido universal al signo común de los atentados, no sólo violan el primer canon del simbolismo, que reclamaría un sólo símbolo independentista para todos los crímenes, sino que obligan a sustituir las banderas de señales, que ofrecen información y dirección de sentido único en todos los atentados, por banderas universales y abstractas, en momentos de gran tensión emotiva. Esta transgresión simbólica de lo que es ETA requiere magnificar y pluralizar la idea orientadora de sus crímenes, idealizando a éstos.

Ya que ETA no comete magnicidios, desde el de Carrero, la prensa se encarga de magnificar todos sus atentados. Tres razones concurren en los directores de los medios para explicar que casi todos ellos den rienda suelta a su impune mentalidad aterradora, magnificando los hechos y las intenciones reales de ETA. Estas tres motivaciones, y no la dimensión real de los actos de terror, han elevado el terrorismo a primera causa de preocupación de los ciudadanos. La magnificencia del terror, y en eso consiste el terrorismo, proviene de tres pulsiones de los directores de los medios: ganar audiencia; presumir de conocer, inventándose las causas alambicadas del terror; y darse la ocasión de parecer firmes ante peligros inexistentes, sin ser valientes frente al único riesgo que en realidad les amenaza.

Los dos primeros deseos están a la vista. Sólo el tercero, por estar oculto, requiere demostración. Es fácil decir «no nos moverán, no nos callarán, no cederemos», frente al imposible chantaje al Estado de Derecho, a la libertad de expresión, a la convivencia o al capitalismo. Pero sólo el miedo puede dar razón de que esas sentencias no se pronuncien ante el peligro real que supone el reconocimiento del derecho de autodeterminación o de secesión para el País Vasco. Derecho que ya han admitido los dos magníficos del periodismo español.